

LA HERMENÉUTICA, ENTRE EL LENGUAJE, LA CRÍTICA Y LA SUBJETIVACIÓN

Hermeneutics, between the language, the critic and subjectivation

MARCELO RODRÍGUEZ MANCILLA*
marcelor26@yahoo.es
Universidad Politécnica Salesiana / Quito

Resumen

El presente trabajo se inscribe en el debate teórico sobre los fundamentos del pensamiento intelectual contemporáneo que ha venido interpelando las categorías clásicas de la modernidad. El problema central refiere al estatus ontológico y epistemológico de las premisas de la posmodernidad, que han generado nuevas estrategias de construcción de la crítica. Sostenemos que, la hermenéutica y el giro lingüístico muestran un desplazamiento de la filosofía de la conciencia y una vuelta al ser de las cosas mismas. Esta ontologización del debate y de la emergencia de la filosofía del lenguaje, producen un desplazamiento de la idea de sujeto hacia la subjetivación con consecuencias importantes para la construcción de la política. Este proceso de transformación categorial, que incide en la teoría social, constituye una tensión en las formas de construir teoría sobre el orden social existente.

Palabras clave

Razón, sujeto, subjetivación, giro lingüístico, posmodernidad, discurso, interpretación, ontología, epistemología, modernidad.

Abstract

This work is part of the theoretical debate on the foundations of contemporary intellectual thought has been questioning the classical categories of modernity. The central problem concerns the ontological and epistemological status of the premises of postmodernism, which have generated new building strategies criticism. We argue that hermeneutics and linguistic turn show a shift in the philosophy of consciousness and a return to be in the things themselves. This ontologization the debate and the emergence of the philosophy of language, produce a shift in the idea of the subject to the subjectivity with important consequences for the construction of politics. This categorial transformation process, which affects social theory, is a strain on the ways to build theory about the existing social order.

Keywords

Reason, subject, linguistic turn, postmodernism, speche, interpretation, ontology, epistemology, modernity.

Forma sugerida de citar: RODRÍGUEZ, Marcelo. 2013. "la hermenéutica, entre el lenguaje, la crítica y la subjetivación". En: *Revista Sophia: Colección de Filosofía de la Educación*. N° 15. Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala.

* Marcelo Rodríguez Mancilla es Psicólogo por la Universidad de Valparaíso, Chile. Magíster en Estudios Urbanos por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO, Ecuador. Trabaja en el Centro de Investigaciones Psicosociales y en la Carrera de Psicología de la Universidad Politécnica Salesiana. Es investigador asociado al Grupo de Trabajo de CLACSO, el Derecho a la Ciudad.

*El lenguaje es el medio universal
en el que se realiza la comprensión
(Gadamer)*

Introducción

El devenir de la historia de la humanidad implica la constante crítica y reflexión sobre los fundamentos de las diversas formas en que se ha de aprehender la experiencia y el sentir de lo humano. Este devenir se nos presenta como contraposiciones de producciones teóricas entre la institucionalización de formas del saber y la posibilidad de conocer la realidad y su estatus de existencia. Estas contraposiciones, como problema filosófico central y relevante, muestran diversas vías de fundamentación que se van configurando en base a premisas que organizan el desarrollo teórico y la inteligibilidad del mundo. Tales premisas se organizan como corrientes históricas de pensamiento que complejizan y enriquecen la disputa de sentidos sobre la comprensión de la vida humana, es decir, sobre las posibilidades de realizar la crítica de modo sistemático.

La matriz del pensamiento moderno hegemónico occidental surge como crítica (duda) sobre los enunciados de la tradición y su función en la sociedad. Esta matriz ha priorizado la epistemología, de origen inglés, como fundamento del conocimiento científico, a partir del cual se sostienen las ciencias naturales y exactas, las que buscan la verdad en aquello que es puesto por la razón. El ya clásico problema de la teoría del conocimiento, que entiende la oposición entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, presenta antagonismos. De hecho, se dan énfasis objetivistas cuando el conocimiento reproduce lo dado por la naturaleza o en la historia y subjetivistas cuando sitúa en los individuos las condicionantes apriorísticas del conocer (Gómez-Hera, 2013).

En el plano de la epistemología, los llamados filósofos historicistas de la ciencia han venido cuestionando el método inductivo basado en el empirismo inglés y deductivo basado en el idealismo alemán. Estos métodos suponen una aproximación a la verdad a través del desarrollo de la racionalidad interna de la ciencia, lo cual conducirá a la consecución de la promesa moderna: el progreso. Sin embargo, es la propia filosofía de la ciencia la que ha incorporado factores externos a la racionalidad científica para dar cuenta de los cambios de paradigmas en Kuhn, de las formas de operación de los programas de investigación científica en Lakatos, y

la pluralidad de métodos posibles para producir conocimiento, desde la idea de un anarquismo epistemológico en Feyerabend.

En este escenario, se ha propuesto una filosofía hermenéutica en el sentido de superación de la lógica binaria que ha predominado en el debate epistemológico contemporáneo. Se ha dado importancia a la existencia y ser de las cosas mismas, lo que ha mostrado un giro hacia la ontología. Este giro se relaciona con los aportes contemporáneos de la filosofía del lenguaje que ha cuestionado la razón como fundamento, el sujeto como fuente de conocimiento válido y la historia como linealidad ascendente. Esta producción, conocida como el giro lingüístico, permitió el surgimiento de importantes rupturas teóricas y de nuevas narrativas, como alternativas críticas al rol hegemónico de la filosofía de la conciencia, que perduró por más de dos siglos.

Este trabajo se ubica en debate acerca de los fundamentos teóricos *de la modernidad y tiene por objetivo analizar las premisas del pensamiento posmoderno* y su relación con el lenguaje, el sujeto y la crítica. Sostenemos que el conjunto de críticas ontológicas y epistemológicas en torno a la razón, ha generado un descentramiento del sujeto soberano de la conciencia, que a través del giro lingüístico y la hermenéutica filosófica, ha configurado un nuevo ámbito de análisis en la teoría social y nuevas aperturas para la crítica. La pregunta que orienta nuestro trabajo refiere a: ¿Cuáles han sido las principales corrientes de pensamiento y sus argumentos, que han venido configurando una nueva forma de realizar crítica teórica al proyecto moderno?

Para tales efectos, en primer lugar se describen las principales tesis del pensamiento moderno centrándonos en la propuesta kantiana del entendimiento y del lenguaje como representación de la realidad. En segundo lugar, se analiza la emergencia de la filosofía del lenguaje y el giro lingüístico que genera un descentramiento del sujeto y un replanteamiento de la ideología a través de la teoría discursiva. En tercer lugar se presentan los aportes críticos de la hermenéutica como giro hacia la ontología y comprensión de las cosas. En cuarto lugar, se sintetizan los aportes de la escuela de Frankfurt que muestran a la ciencia como mito. En quinto lugar, se desarrollan las principales tesis sobre los procesos de subjetivación política provenientes del posmarxismo.

La ilustración y el lenguaje como representación

A mediados del siglo XVIII, Kant es el primero en proponer, de manera sistemática, la condición de aproximación al conocimiento, que inaugura la modernidad como el pensar exclusivamente racional por me-



dio de los conceptos. En su trabajo ¿Qué es la Ilustración? Kant sostiene que ésta significa el abandono del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. La minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento, sin verse guiado por algún otro. En este sentido, el lema de la Ilustración es ¡ten valor para servirte de tu propio entendimiento!, de modo que la causa de la minoría de edad no es la falta de entendimiento sino de resolución y valor. Salir de ella, dice Kant, es el cultivo del propio ingenio, para lo cual se requiere de un espíritu, de una estimación racional del propio valor y de la vocación de pensar por sí mismos.

Este pensar por sí mismos, según Kant, requerirá de libertad; es decir, hacer uso público de la propia razón en todos los terrenos, que será en consecuencia, la única que puede procurar ilustración entre los seres humanos. El destino primordial de la naturaleza humana es por tanto, progresar. Esta idea de progreso tiene un carácter lineal que como diacrónica, ha estado presente en el transcurrir de los siglos y asevera, de diversas formas, una esperanza, un deseo no satisfecho; implica avanzar bajo una relación pasado-presente-futuro. La idea de que la humanidad avanza, que las experiencias pasadas buscaban perfeccionarse, es producto de la civilización occidental.

Nisbet (1986) cuestiona gran parte de los estudios sobre la idea de progreso, como el desarrollado por Bury. Nos muestra que tal idea de progreso no es absolutamente moderna, sino que la encontramos con diversos matices desde la antigüedad clásica, incluso en el pensamiento cristiano de San Agustín. Se cuestiona esta inseparabilidad de la idea de progreso con la modernidad, aunque para nuestro análisis consideraremos la creencia en la idea de progreso desde la Ilustración en Kant, ya que tiene claras implicaciones para la emergencia del sujeto, como alguien que tiene la capacidad de decir verdades; y, para la crisis generalizada del lenguaje, como representación entre fines del siglo XIX y principios del XX, incluso hasta nuestros tiempos.

Volviendo a Kant, y para desarrollar la idea del lenguaje como representación, entramos al problema del conocimiento, de la relación pensamiento y realidad. Para Kant, ante las preguntas: ¿cómo es que conocemos? (si realmente conocemos algo), y ¿cómo entramos en relación con los objetos?, la respuesta será: mediante ciertas facultades que posee el sujeto que conoce. Estas facultades serían dos para Kant, a saber: a) algo se nos da como real es la intuición sensible o empírica, pues enfrentamos a la cosa misma que la recibimos a través de los órganos de nuestra sensibilidad humana; y, b) este material sensible es relacionado por medio de conceptos que permiten representar el objeto en toda circunstancia.

El entendimiento sería la facultad de producir conceptos con los cuales ordeno, unifíco y discierno el material sensible (Giannini, 1981: 79-85).

El entendimiento, siguiendo a Kant, ordena, por tanto, los estímulos sensoriales produciendo conceptos y relacionándolos entre sí, en esa unidad final del conocimiento, el juicio, que es la única forma de conocer real. El juicio, a su vez, es una estructura lógica que puede ser analizada, independientemente de los sujetos y de la materia particular que se juzga. Conocemos como fenómeno, lo que jamás podremos conocer es la realidad en sí misma (*noumeno*), puesto que el conocimiento más directo que tenemos de ella, el intuitivo, está regido por formas de recepción y ordenación dependientes del sujeto (Giannini, 1981). Los fenómenos, por tanto, son aquellos que son como se nos presentan, no como cosa en sí; de modo que el objeto es dado (sensibilidad) y pensado, siendo conocido o reconocido por el entendimiento.

En suma, la naturaleza podrá conocerse a partir de la razón, la cual permite el conocimiento, y si éste se basa en conceptos, entonces permitirá nuestra liberación. La razón es el fundamento del sujeto como sujeto de conocimiento. La evolución del sujeto estará dada por la razón que le dotará de autonomía para formarse con un criterio propio, para superar su minoría de edad. Por lo tanto, subyace en la tesis del sujeto una teoría del progreso. En efecto, la historia es un progreso constante y el progreso es una necesidad histórica. Sujeto e historia se articulan, en la idea de progreso y en la defensa del conocimiento científico, de la técnica; como instrumentos del cambio del mundo, que implicaría un mejoramiento progresivo de las condiciones espirituales y materiales de la humanidad.



El pensamiento posmoderno y el giro lingüístico

El pensamiento posmoderno significó, para la historia del pensamiento social y su teoría, un importante giro crítico en torno al fundamento de la modernidad, cuyo argumento central fue el paradigma de la razón, como medio privilegiado para la dominación de la naturaleza; a través de la ciencia y la técnica. A través de la crítica teórica se genera un desplazamiento de la filosofía de la conciencia y una emergencia de una filosofía del lenguaje, que replanteará el sentido de esta categoría.

Podemos identificar en este giro crítico, al menos, cuatro tesis centrales que en sus relaciones configuran parte importante del pensamiento posmoderno. En primer lugar, se abandona la idea de sujeto soberano de la conciencia, como el principio supremo del ego, que es la fuente primaria y válida en la producción de todo conocimiento. El contraargumento

remite a un giro hacia la producción de sujetos, que se conceptualizará desde complejos proceso de construcción social, lingüística y contingente.

En segundo lugar se declara la muerte del proyecto de la filosofía de la historia de la ilustración, como posibilidad de entendimiento de la totalidad histórica-trascendente, que se funda en la idea de progreso, evolución y linealidad ascendente. Contrariamente a esta idea, el pensamiento posmoderno entiende la historia como una narrativa fragmentada. Depende del lugar desde el cual se enuncia un proceso de reconstrucción de los hechos, que no puede ser una actividad objetiva, sino que implica un proceso interpretativo y dinámico.

En tercer lugar, se abandona la noción y pretensión de universalidad de la producción de conocimientos sobre la realidad, que se fundan en la facultad del entendimiento y la razón, como mecanismo privilegiado en la linealidad histórica del progreso de la civilización. Más bien, existen pluralidades de universos en que los significados se enuncian y valoran, en base a las formas específicas sobre las cuales se institucionalizan las ideas a escala local y en contextos culturales determinados. Esto supone un constante proceso de disputas simbólicas por el ordenamiento de las sociedades.

En cuarto lugar, se abandona la noción de ideología en su formulación clásica marxista. Esta supone procesos de enajenación y de falsa conciencia a partir de las cuales se explican la emergencia y dominio de la sociedad capitalista. En esta corriente de pensamiento también predomina la idea de la historia como evolución, como estadios transicionales que conducirían a la sociedad de la igualdad, en base a la lucha de clases. Bajo múltiples críticas sobre las relaciones económicas de producción, aparecen diversos enfoques sobre los discursos y los imaginarios sociales. Estas propuestas teóricas, derivadas del giro lingüístico, establecen que las formas del saber estarían inscritas en estructuras de poder multiformes y constricciones socio-histórica, temporales y espaciales.

En este giro crítico, cobra relevancia la atención que se le dio a la categoría lenguaje en la segunda mitad del siglo XX como parte de una reflexión filosófica que ha tenido impacto en la formulación de nuevas concepciones acerca de la naturaleza del conocimiento, tanto del sentido común, como científico; y, propicia nuevas formas de significar, comprender, describir y explicar lo que se ha entiendo por realidad. Este proceso se conoce como el giro lingüístico, que ha cambiado la propia concepción de la naturaleza del lenguaje.

Ahora bien, todo aquello que podemos concebir como experiencia de lo sensible, está atravesada por el lenguaje, que constituye el acto de nominar, de objetivar aquello que está indeterminado como lo real y que adquiere forma de exterioridad. Con el lenguaje creamos un horizonte de

sentidos, una mirada en perspectiva desde donde construimos los conceptos, sus alcances y limitaciones explicativas sobre los objetos del saber, y el mundo de las cosas. De hecho, el conjunto de las cosas están definidas por premisas de carácter contingente y no como la cosa, en su esencia original y trascendente.

El objeto de estudio de la ciencia es una construcción conceptual, un sistema de conceptos que en sus relaciones y organizaciones configuran una teoría sobre ese objeto. Los conceptos son los que nos dan la inteligibilidad sobre los 'objetos del saber' y sobre el mundo de las cosas. Es a través de éstos, que se puede mantener (organizar) y a la vez destruir (reorganizar) un saber particular, fenoménico, que está en constante variación. Pero, "estos 'objetos del saber' no surgen solamente para dar cuenta de la realidad fenoménica, sino que ellos mismos son invención contingente, que emerge al interior de un régimen específico de identificación y de pensamiento y que provee de un horizonte de sentido del mundo de las prácticas sociales" (Polo, 2010: 18). El orden de lo real, alojado en el lenguaje teórico, produce, efectos prácticos y campos específicos de intervención, sobre los cuales se construye la crítica.

Es en Descartes, por medio de su distinción entre *res cogitans* y *res extensa*² que se contribuyó en mayor medida a centrar las producciones conceptuales hacia el interior de nuestra mente; en la interioridad del sujeto, donde el lenguaje es un mero instrumento que permite viabilizar las ideas que representen lo exterior a la mente: el mundo. Las ideas estarían basadas en la experiencia sensible, según los empiristas, o en categorías *a priori* de nuestro entendimiento, según Kant. Esta relación analítica idea-mundo giraría hacia la relación lenguaje-mundo, reemplazando lo privado (mundo de las ideas), por lo público (mundo de lo observable). Esta visión del lenguaje fue, posteriormente, trabajada por la filosofía analítica quienes sostuvieron un idealismo lógico-matemático en la formación de enunciados contrastables; y, finalmente no soportaron las críticas epistemológicas, incluso del propio Wittgenstein, sobre el lenguaje del sentido común, pero que contribuyeron a relevar la importancia filosófica de la categoría lenguaje (Ibáñez, 2003).

Las aportaciones de Saussure, conocido como el fundador del estructuralismo, también hicieron eco en el *giro lingüístico*. Este autor dividió la categoría lenguaje en dos partes: la lengua que corresponde a las reglas y códigos del sistema lingüístico, como estructura subyacente; y, el habla como actos particulares de oralidad o escritura. Esta visión estructuralista logró concebir al lenguaje como un fenómeno social, estudiando su estructura profunda; y no como un simple mediador entre las cosas y sus significaciones (Hall, 1997: 105-109). Es social en tanto cada ser



humano comparte con los demás un sistema de reglas comunes, sin las cuales no podríamos comunicarnos de manera significativa.

Para Hall (1997: 18-20), hay tres enfoques que permiten explicar cómo la representación del sentido trabaja a través del lenguaje. Según el enfoque *reflectivo*, el lenguaje sería un reflejo de la realidad en tanto en ésta (en los objetos, las personas, las cosas), reposa el sentido. La verdad estaría fijada en el mundo, siendo a través del lenguaje que se descubre su “real sentido”. A su vez, el enfoque *intencional* centra su explicación en el hablante, quien impone su sentido único sobre el mundo a través del lenguaje. Este mundo privado del hablante permite significar lo que éste pretende. El enfoque *construccionista* reconoce el carácter público y social del lenguaje. “Ni las cosas en sí mismas ni los usuarios individuales del lenguaje pueden fijar el sentido de la lengua” (Hall, 1997: 10), somos nosotros los que construimos el sentido del mundo, en el lenguaje y mediante éste.

Progresivamente, se ha ido consolidando la categoría lenguaje, como un dispositivo hacedor de realidades, que tiene una función pragmática y no solo descriptiva y representacional. Se cuestiona la racionalidad hegemónica imperante, fundamentando que los términos con los que damos cuenta del mundo y de nosotros mismos, no están dictados por los objetos estipulados por este tipo de exposiciones. Son artefactos sociales, productos de intercambios situados histórica y culturalmente, que se dan entre personas y que se derivan del modo cómo funcionan dentro de pautas de relación (Gergen, 1996: 54-58). El lenguaje, por lo tanto, se torna constitutivo de las cosas, dejando de ser palabra sobre el mundo, para pasar a ser acción sobre el mundo.

El enfoque representacional del lenguaje será reformulado por Foucault en términos de su interés por la producción de conocimientos, a través de los *discursos*, los cuales están inscritos en un conjunto complejo de relaciones de poder, tácticas y estrategias; en contexto de producción del saber institucional. En su obra “El orden del discurso” (1999: 14), sostiene como hipótesis que “en toda sociedad la producción del discursos está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad”. De hecho, un discurso es algo más que el habla o un conjunto de enunciados, es una práctica social, por lo cual se pueden definir sus condiciones de producción. Dice Foucault:

Se renunciará, pues, a ver en el discurso un fenómeno de expresión, la traducción verbal de una síntesis efectuada por otra parte; se buscará en él más bien un campo de regularidad para diversas posiciones de

subjetividad. El discurso concebido así, no es la manifestación, majestuosamente desarrollada, de un sujeto que piensa, que conoce y que lo dice: es, por el contrario, un conjunto donde pueden determinarse la dispersión del sujeto y su discontinuidad consigo mismo. Es un espacio de exterioridad donde se despliega una red de ámbitos distintos (Foucault, 1978b: 90).

Su estudio, por tanto, se contrapone al enfoque semiótico de la representación, ya que supera la dicotomía del decir del lenguaje y el hacer de la práctica. Los discursos implican ambas dimensiones, configuran, definen y producen objetos de conocimiento, los cuales constriñen los modos en los que se puede hablar y hacer sobre un tópico, que es contingente a una situación histórica. Abandona por ende, la consideración de los discursos, como conjunto de signos o elementos significantes que son la representación de la realidad.

En su texto, “Las palabras y la cosas, una arqueología de las ciencias humanas” (1978:7), Foucault propone una arqueología del conocimiento, una *episteme*, en donde refiere que:

No se trata de conocimientos descritos en su progreso hacia una objetividad en la que, al fin, puede reconocerse nuestra ciencia actual; lo que se intentará sacar a luz es el campo epistemológico, la *episteme* en la que los conocimientos [...] hundan su positividad y manifiestan así una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad.

El sentido de las cosas está dado por los discursos que construyen el objeto de conocimiento. Es el discurso (y no las cosas en sí mismas), el que produce el conocimiento. Asimismo, la verdad de las cosas está contenida en los discursos que construyen los tópicos a través de los cuales se hace inteligible tal verdad. Esta verdad no es “La Verdad”, sino que es parte de las prácticas institucionales, de un saber que opera a través de los discursos.

Estas prácticas son históricas, por lo tanto, no inmutables ni imperecederas. Para el autor, la concepción de la historia no refiere a una continuidad ideal, teleológica, sino más bien a un conjunto aleatorio y singular de sucesos en que el sentido histórico “reconoce que vivimos, sin referencias ni coordenadas originarias, en miradas de sucesos perdidos” (Foucault, 1980: 22). En efecto, “los historiadores buscan en la medida de lo posible borrar lo que puede traicionar, en su saber, el lugar desde el cual miran” (Foucault, 1980: 23). Su genealogía, por tanto, se opone a la búsqueda del origen, a su despliegue metahistórico de significaciones ideales.

Continuando con Foucault, vemos que el conocimiento estaría estrechamente vinculado con el poder, ya que tal conocimiento permite regular los comportamientos por medio de prácticas discursivas institucionales. Los juegos de poder, sus fuerzas, están justificados por un corpus de conocimientos que, al ser aplicados, configuran efectos de verdad sobre la realidad en la cual operan (Foucault, 1999a).

Por otro lado, como problema general, se plantea la relación entre la ciencia como sistema conceptual que devela estructuras subyacentes de los sistemas que portan sentido (desde lo invisible), y la ideología o lenguaje visible que da cuenta de las ideas manifiestas. Para analizar el problema del lenguaje, Foucault (1985), plantea que esta sospecha que tenían los griegos, sigue siendo materia de discusión. Como cada cultura tiene sus sistemas de interpretación, cabe la duda, de si el lenguaje quiere decir algo distinto de lo que dice y que existen otros tipos de lenguajes que nos hablan.

Con respecto al problema del sujeto, como soberano de la conciencia y del conocimiento, vemos que Foucault lo entenderá desde la sujeción. El sujeto no pre-existe sino que es instituido por medio de mecanismos discursivos, asociados a las instituciones del saber y del poder que reproducen (Foucault, 1999). El sujeto así es una construcción social, como producto de los discursos situados.

Esta tesis de la producción del “sujeto” por parte de los mecanismos de poder, discursivos e institucionales, es lo que contribuye a comprender el hecho de que el sujeto es un ser implicado en la configuración histórica en que nace y, le da nacimiento, pero que vive en el desconocimiento de la sujeción. La sujetidad es comprendida, o podemos comprender, no solo como una fabricación de ‘sujetos’ o de cuerpos, sino como la configuración de un modo de existencia socio-histórico (Polo, 2011: 223).

El cuerpo será el centro de interés del poder para su necesario disciplinamiento. La sujeción, por lo tanto, es un dispositivo que ‘sujeta’ a los sujetos a las instituciones del saber, sobre los cuales se ejerce el poder. Por lo tanto, “la sujeción aparece como un pliegue del campo del poder” (Polo, 2011: 224), que solo tendrá salida a través de la subjetividad individual.

La hermenéutica y el lenguaje

Otra fuente de crítica se presenta con la emergencia del historicismo en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Se cuestiona la capacidad del entendimiento racional para acceder al sentido de los hechos históricos. Este proceso tiene sus antecedentes en Schleiermacher,

considerado el fundador de la hermenéutica, quien construye una teoría general de la comprensión. Grodin (1999) sostiene que este autor elabora su hermenéutica general en dos vertientes, la gramática centrada en el lenguaje, como totalidad de su uso y la técnica o psicológica, que busca la comprensión del lenguaje como algo interior.

Guillermo Dilthey (1949) propone una hermenéutica filosófica a través del fundamento gnoseológico de las ciencias del espíritu; genera una ruptura entre las ciencias de la naturaleza y la ciencia del espíritu. Se establece una distinción radical entre el saber explicativo de las ciencias naturales y el saber comprensivo de las ciencias históricas. En este sentido, la forma de acceso a la historia es un proceso interpretativo que relaciona los hechos y que estará condicionada a las categorías conceptuales de la cultura (espíritu) de pertenencia, en donde se genera un relato. No es posible escribir objetivamente un hecho histórico, sino que es necesario comprenderlo, mas no entenderlo desde las categorías de la lógica. La cultura no aparece como la naturaleza, lo cual implica acceder a ella con otros métodos; no a través de un proceso inductivo, sino con la hermenéutica, la cual no busca leyes generales, sino que se centra en lo singular de la reconstrucción de los hechos históricos que son individuales y específicos.

La reacción frente al predominio del idealismo empirista, el psicologismo británico, el positivismo lógico, que reinó la producción intelectual europea en la segunda mitad del siglo XIX, se desarrolla en Husserl con su filosofía fenomenológica. Esta busca la objetividad del saber, que a través de la intuición permita dejar que las cosas mismas se expresen para quien las viven, lo que implica poner entre paréntesis los juicios en torno a la validez de las interpretaciones asociadas. En términos específicos se contraponen las categorías del entendimiento anglosajón que se concentra en sus encadenamientos lógicos con las categorías de las formas de conocimientos más elementales, como la intuición pura y el problema de la intencionalidad de la conciencia; la cual está directamente dirigida a su objeto, pero que no es un ingrediente de la propia conciencia. Según De la Maza (2005), haciendo referencia a Heidegger sostiene que Husserl mantiene la idea de una esfera subjetiva incuestionable, lo que constituye un prejuicio moderno que comparte con el psicologismo.

Heidegger, discípulo de Husserl, será quien cuestione la idea de captar la esencia de modo inmediato. El fenómeno requiere de una pre-comprensión del mismo. Esto lleva al autor a desarrollar una filosofía propiamente hermenéutica, pues concibe a la comprensión como una determinación ontológica del ser humano, quien se apertura al ser. Esta cuestión se aborda en *Ser y Tiempo* (Heidegger, 1997), siendo el sentido lo que hace posible la apropiación, ya que lo que se interpreta se posee

ya de antemano a partir de una cierta conceptualización, es decir, se da el círculo hermenéutico (De la Maza, 2005: 83-85.). La crítica de Heidegger, a partir del modo de existir propio del ser humano que busca legitimar la interpretación desde las cosas mismas, irá en la vía de rechazar la idea de que el lenguaje enunciativo es la sede de la verdad.

Gadamer (2003) consolidará la filosofía hermenéutica, en base a una tradición humanista en contraposición a la idea moderna de ciencia. En la tercera parte de su libro *Verdad y Método* (2003), se sostiene la idea de que el lenguaje es el medio universal en el que se realiza la comprensión. Todo proceso de incompreensión está precedido por uno acuerdo que le sostiene, ya que el ser acontece en el lenguaje como verdad. En este sentido Gadamer, al igual que Heidegger, caracteriza a la verdad como desocultamiento del ser o *alétheia*, pero considera que el lenguaje realiza su verdadero ser en la conversación, en el ejercicio del entendimiento mutuo. En consecuencia, sólo a través del lenguaje el fenómeno hermenéutico adquiere un alcance universal: todo cuanto puede ser comprendido puede ser articulado lingüísticamente. Grondin (1999) afirma que será el Heidegger tardío el que vuelve a la hermenéutica tradicional, cuando reconoce que el lenguaje conlleva la relación hermenéutica, pues ambas expresan la misma realidad.

Desde el corpus de interpretación basado en la semejanza del siglo XVI, pasando por las críticas al pensamiento occidental del siglo XVII y XVIII, Marx, Nietzsche y Freud, han fundamentado la posibilidad de una hermenéutica; sin embargo, Foucault (1995), sugiere que estos autores no han dado nuevos sentidos a cosas que no la tenían, sino más bien, han cambiado en realidad la naturaleza del signo y han modificado la forma en que generalmente se lo interpretaba, que a la vez se constituyen en los postulados de la hermenéutica moderna (Foucault, 1995), a saber:

Primero, los signos se diferencian y parten de una dimensión de profundidad entendida como exterioridad. La profundidad no sería la búsqueda pura e interior, ya que se interpreta para restituir la exterioridad y sería un pliegue de la superficie.

Segundo, la interpretación se ha convertido en una tarea infinita que permanece siempre sin acabar. Esta tarea se expresa en una red amplia e inagotable en donde los signos se mezclan e implican. Foucault plantea que se encuentra esta idea en los tres autores como forma de negación, en el sentido de lo inacabado y fragmentado de la interpretación. Si fuese el caso de un acercamiento a un punto absoluto de interpretación, significaría un punto de ruptura e incluso la desaparición del mismo intérprete.

Tercero, no hay nada absolutamente primario para interpretar porque todo es interpretación. Cada signo es en sí mismo la interpretación de otros signos y no de la cosa que se ofrece a la interpretación. La

interpretación de un intérprete es la interpretación de una interpretación. No hay un significado original, dado que las mismas palabras no son sino interpretaciones. Los signos, en tanto, nos prescriben la interpretación de su interpretación. La interpretación precede al signo, el cual no se da como tal, es decir, son interpretaciones que tratan de justificarse.

Cuarto, la interpretación debe interpretarse así misma hasta el infinito. Esto conlleva dos consecuencias. La idea de que el principio de interpretación es el intérprete, vale decir que, no se interpreta lo que hay en el significado, sino quién ha propuesto la interpretación; y la idea de que la interpretación tiene que interpretarse siempre así misma, cuyo tiempo de interpretación es circular.

De acuerdo a estos postulados, Michel Foucault sostiene una hermenéutica moderna que se contrapone a la semiología, es decir, la naturaleza del signo no sería primaria, sino que sería una interpretación de la interpretación *ad infinitum*. Esta hermenéutica entra en el dominio de los lenguajes que no dejan de implicarse a sí mismos.

Los aportes de la Escuela de Frankfurt

El trabajo de la crítica propiamente moderna, comprende un proceso de re-significación de los sistemas explicativos y descriptivos de los conceptos que construyen los objetos del saber. Los conceptos teóricos se producen por la ruptura epistemológica, fracturando el mundo de la doxa³ y de los conceptos anteriores. En este sentido, desde el declive de la filosofía de la conciencia, al paso de la filosofía del lenguaje; los autores de la Escuela de Frankfurt construyen un pensamiento crítico como reacción a la teoría tradicional, las posiciones de la racionalidad teleológica y la relectura de Marx.

Para Derrida, la historia de occidente sería, como forma matriz, la determinación del ser como presencia. El concepto de estructura supone un centro que no es precisamente centro invariante, sino una función, en la que se representaban sustituciones de signo hasta el infinito. Así “en ausencia de centro o de origen, todo se convierte en discurso (...) es decir un sistema en el que el significado central, originario o trascendental no está nunca absolutamente presente fuera de un sistema de diferencia” (Derrida 1989: 385).

En este sentido, Derrida construirá su crítica del sujeto en base a la concepción de la metafísica de la presencia, esto es, “la ilusión de una comprensión inmediata del sentido, de los acontecimientos y de las acciones que el sujeto ejecuta” (Polo, 2011: 225). La idea para él es deconstruir el lenguaje de esta idea metafísica de sujeto como ‘centro’, y desmon-

tar las estructuras jerárquicas que legitiman las prácticas sociales. No hay nada fuera del texto, es en la escritura donde se construyen los problemas y el 'sujeto'. A él le interesará el texto en sí mismo, ya que es ahí donde se puedan leer las contradicciones que hay y cómo estas operan.

Habermas construye, como fundamento de su teoría tripartita de la razón, la noción de intersubjetividad, en donde el entendimiento se da a partir del lenguaje. La acción social está gobernada por una pragmática lingüística orientada fundamentalmente al consenso que construye sujetos del consenso. Su aporte es, justamente, replantear el tema del lenguaje insertándolo en la teoría social, ya que la acción simbólica media a los individuos como sujeto en el lenguaje.

Así, sostiene que no hay acción humana que esté fuera del lenguaje, cuya coordinación se traduce en diálogos que decantan en consensos, no solo producen significados sino que producen acción. Asume una visión performativa del lenguaje, en tanto que el significado de las cosas está dado por sus usos; en una trama de intersubjetividad. Por lo tanto, el significado es una construcción social que da cuenta de lo que sucede como realidad; esta realidad se expresa como interacción comunicativa. La acción comunicativa que se despliega como lenguaje produce normativas y el consenso se hace posible porque los agentes tienen las mismas competencias lingüísticas. En efecto, el sujeto se configura como tal porque se construye en situación de interacción y al narrar, construye el sentido de la vida.

Desde el punto de vista de la crítica, Habermas propone el paso de un paradigma: de la acción teleológica (Weber), a la acción comunicativa. En este marco, la racionalización tendría su referencia en la validez del habla y no como una acción racional con arreglo a fines. "Son las condiciones formales del consenso racionalmente motivado las que determinan cómo pueden racionalizarse las relaciones que los participantes en las interacciones trabajan entre sí" (Habermas, 2003: 433-434), siendo el proceso de interpretación de los participantes el soporte del consenso. La racionalización, como acción orientada al entendimiento, aparece como "una reestructuración del mundo de la vida, como un proceso que obra sobre la comunicación cotidiana a través de la diferenciación de sistemas de saber, afectando así, lo mismo a las formas de reproducción cultural que a las formas de interacción social y de socialización" (Habermas, 2003: 435).

El concepto del mundo de la vida es fundamental, dado que hace alusión a aquello que no se cuestiona, a lo natural; lo que implica una estructuración, una interacción y un conjunto de narraciones que lo sostienen. La crítica, para el autor, comprende, entonces, la acción de hacer

explícitos los presupuestos del mundo de la vida, en un marco temporal e histórico. El lenguaje para él será el lugar de la emancipación.

Luego de revisar la teoría weberiana de la racionalización analizada desde Lukács a Adorno, el autor concluye que el concepto de racionalización fue pensado como cosificación de la conciencia, por lo que se requiere abordar el problema, no desde las insuficiencias de la filosofía de la conciencia, sino más bien desde la filosofía del lenguaje, como una teoría de la comunicación.

Horkheimer y Adorno, construyen una teoría crítica de la modernidad que responde al problema del concepto de la Ilustración, que supone: disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia. Sin embargo, tal concepto mantiene una relación directa con la mitología, en el sentido que se construye como tabú universal, en base al mismo temor del mito (Horkheimer y Adorno, 1994: 78-81). Una característica central de la ciencia es que se realiza como forma superior de saber, que pretende dominar la naturaleza desencantada; es decir, vencer la superstición. Este saber se materializa como técnica. “Lo que los hombres quieren aprender de la naturaleza es servirse de ella para dominarla por completo, a ella y a los hombres” (Horkheimer y Adorno, 1994: 60).

La función de la ciencia, por tanto, es el trabajo y el descubrimiento para mejorar las condiciones y equipamientos para la vida; sin embargo sustituye el concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad (Horkheimer y Adorno, 1994). En este sentido, la supuesta racionalidad objetiva, por medio de la aproximación abstracta de la realidad, produce su propia sumisión a los datos. Se niega lo inmediato en función de las acciones del cálculo matemático, pero son estas abstracciones que mantienen el pensamiento en su inmediatez y lo reducen a pura tautología. “Cuanto más domina el aparato teórico todo cuanto existe, tanto más ciegamente se limita a repetirlo. De este modo la Ilustración recae en la mitología de la que nunca supo escapar” (Horkheimer y Adorno, 1994: 80).

La idea del sujeto racional es la de un sujeto abstracto, anulado por la propia razón. El dominio de la naturaleza se vuelve contra el propio sujeto pensante, ya que solo repite lo que la razón ha puesto ya en el objeto. En consecuencia, tanto el objeto como el sujeto quedan anulados por la razón.

A su vez, las palabras “no son neutras sino que se encuentran inscritas en perspectivas muy concretas, por un lado, están cargadas de intenciones por parte de los agentes que las usan y de los contextos en los que se enuncian y, por otro lado, las palabras habitan, y están habitadas, por el régimen del pensamiento en el que se inscriben” (Polo, 2010: 27). Cada palabra está cargada de la verdad en la cual se inscribe, en un conjunto de prescripciones significativas que permiten orientar las prácticas

sociales, las cuales se comunican a su vez con palabras. Todo cuanto es posible decir, es significado y pone en juego sus marcos de inteligibilidad para con el mundo de las relaciones sociales y de las cosas. El conjunto de prescripciones lingüísticas, será el campo propicio para la crítica teórica.

La subjetivación política en el posmarxismo

Por otro lado, el posmarxismo, vinculado a las tesis posestructuralistas del pensamiento posmoderno, pretende rehacer los fundamentos, re-pensar radicalmente la tradición del pensamiento capitalista y del marxismo, pero como escritura. Cabe señalar que esto no implica una clausura de la modernidad, sino más bien, una re-configuración de la misma manteniendo su sentido emancipador.

Jacques Rancière, uno de los principales exponentes del posmarxismo contemporáneo, propone la noción de subjetivación desde la problematización de campo de la política; es en este campo que se aporta una nueva forma de entender la producción de sujetos. Asume la política como concepto para pensar lo social y no como forma de institucionalización, como fundamento que hace que la vida humana constituya un mundo significativo. Esto implica poner en duda el lenguaje de lo visible, aquello que naturaliza el mundo de lo sensible.

Lo político estaría configurado por dos procesos: el de la policía y el de la política. La policía, para él, es la base de la institución de lo social, de una partición de lo sensible como una configuración histórica; una manera de ser, de decir, de sentir, de hacer. Se da así, una repartición del orden que hace visible la contraposición del sentir y del pensar. Esta repartición está encubierta por nombres propios, como: ciencia, política, filosofía, artes, etc. En efecto, “el trabajo esencial de la policía es la configuración de su propio espacio. El hacer ver el mundo de sus sujetos y sus operaciones” (Rancière, 2006: 71). En este sentido, “el orden policial produce prácticas de sujetividad al llevar a cabo un programa de identificación de los sujetos con la asignación de lugares y funciones, ya sea en su forma profesional [...], ya sea a través de los saberes” (Polo 2011: 228). Por lo tanto, habrá una configuración histórica que instaura una naturaleza en los sujetos por medio de prácticas e instituciones.

La posición crítica pondrá en duda esta repartición de lo sensible, de modo que es necesario, para Rancière, desmontar el orden de los discursos, cambiar el orden de lo visible, de la repartición de los cuerpos y la semántica de las palabras. La crítica, por tanto, remitirá a una genealogía de las subjetivaciones, ya que ésta produce sujetos e interioriza al otro.

“Toda subjetivación es una desidentificación, el arrancamiento a la naturalidad de un lugar, la apertura de un espacio de sujeto donde cualquiera puede contarse porque es un espacio de la cuenta de los incon-tados, de la puesta en relación de una parte y de la ausencia de parte” (Rancière, 2007: 53).

La idea central, por tanto, es la desidentificación de los términos o nombres propios, con los cuales nos identificamos (roles y lugares). Es poner en duda tales identificaciones para fracturar el discurso hegemónico, vale decir, los sistemas de clasificación que operan en el orden cotidiano y las arbitrariedades históricas en el orden del poder.

“Por *subjetivación* se entenderá la producción mediante una serie de actos de una instancia y una capacidad de enunciación que no eran identificables en un campo de experiencia dado, cuya identificación, por lo tanto, corre pareja con la nueva representación del campo de la experiencia” (Rancière, 2007: 52).

La subjetivación no es el efecto de un discurso, sino una práctica sistemática de producción de cuerpos y subjetividades, pues, configura un mecanismo de cosificación por medio de la identificación. Desde esta perspectiva, el sujeto es un vacío que adquiere fundamento en la medida que se produce en la subjetivación de la política, pues, cuando uno nombra produce subjetivación. Ésta presupone un orden estructural del reparto de lo sensible, del hacer, del mirar, del decir.

“La esencia de la política es la manifestación del disenso, como presencia de dos mundos en uno solo” (Rancière, 2006: 71). La política para este autor, es un punto de litigio, del disenso; en un aparente consenso de lo social que genera la invisibilidad de los sin-parte. La subjetivación debe propiciar un litigio en el aparente mundo del consenso. El Estado, en este sentido, neutraliza el apareamiento de la política con la institucionalización de la lógica del consenso, como procedimiento técnico y financiero, anulando la disidencia. Esta lógica, la del consenso, es la forma más abstracta de la legitimidad del capital.

En consecuencia,

“la subjetivación política pone en crisis el lenguaje de la dominación que legitima la repartición de lo sensible, esto significa poner en crisis las creencias que circulan como el mundo de las prácticas, por tanto, de las asignaciones dadas. La subjetivación política al abrir un campo de experiencia crea las condiciones de posibilidad de otro lenguaje” (Polo, 2011: 228).

El posmarxismo, en este sentido, implica la crítica teórica sobre el dominio del saber instituido, del ordenamiento de lo sensible, que es-

estructura las relaciones cotidianas. Los procesos de desidentificación son fundamentales para un proceso de cambio social, pero que problematiza la vida desde el ámbito de la política como el espacio propicio para el disenso y por tanto para la crítica.

Conclusiones

Se ha planteado la cuestión de analizar los argumentos de las principales corrientes de pensamiento, que han configurado una nueva forma de realizar crítica teórica al proyecto moderno. En el marco del enfoque posmoderno de producción intelectual, se ha examinado el giro crítico que planteó el problema filosófico del lenguaje y su relación con la epistemología y la ontología. El proceso de crítica a los fundamentos del sujeto soberano de la conciencia, generó un descentramiento del sujeto y el apareamiento de la subjetivación y la sujeción como categorías importantes de análisis social y político.

La noción de la crítica propuesta en la ilustración, que estuvo centrada en la necesidad de emancipación de la tradición; ha sido interpelada por la emergencia de las ciencias del espíritu, del historicismo, del posmarxismo y de la hermenéutica. Estas propuestas filosóficas han encontrado en el lenguaje, la fuente de producción de la crítica en tanto descripción y comprensión del mundo. Con la hermenéutica filosófica se supera la visión dual del debate epistémico, volviendo a las cosas mismas; es decir, a la apertura del ser y la existencia de las cosas.

En este recorrido analítico, se destaca la influencia que ha generado la filosofía del lenguaje en la conformación de los fundamentos contemporáneos de la teoría social, en el marco de la posmodernidad. Filosofía y teoría social se imbrican, en el ámbito de los fundamentos teóricos, epistemológicos y ontológicos que sostienen formas específicas de concebir la relación entre realidad, existencia y conocimiento. Estas relaciones son sólo posibles a partir de la reflexión crítica de las bases conceptuales y analíticas de las categorías que permiten entendernos y desentendernos; y, dotar de sentido (forma y contenido) a la vida humana.

En este marco, se considera central la cuestión de la institucionalización de las formas del saber y sus efectos de verdad en la producción de sujetos. No sólo es pertinente poner en el debate las concepciones previas con las cuales decimos conocer el mundo de las cosas o comprender el sentido de nuestra existencia. Es necesario además remitirse a los potenciales efectos éticos y políticos, resultantes de la homogenización de las teorías y producción y reproducción de las relaciones sociales.

Esto implica desmontar los complejos mecanismos que operan en la conformación de sistemas lingüísticos que organizan los tipos de relación social, valorados bajo consensos específicos de actuación. Estos marcos que operan, sin visibilizar los fundamentos que los sostienen, nos lleva a revitalizar la necesidad de la crítica. La crítica sigue abierta hacia la función transformadora de la política como ámbito de lo público en un marco de contingencias históricas que tensionan a la comunidad lingüística, sus prácticas discursivas y sus relaciones de poder.

A modo de apertura, el proyecto moderno se ha centrado en lo lógica temporal del devenir humano, a partir de lo cual se han configurado la mayoría de las corrientes filosóficas. Sin embargo, hay una importante deuda en este debate epistémico-ontológico, que es la categoría de “espacio”, que ha sido subvalorada por la categoría del “tiempo”. Esto apertura el debate en torno a la relación socio-espaciales que complejizará, no tan solo la concepción crítica sobre la historia, sino también la relación entre el poder, el sujeto y el espacio. Esto es, sobre el ser y estar en un cierto tipo de mundo, pues cambiar los órdenes lingüísticos de la sociedad será también un cambio sobre los órdenes en la espacialidad.



Notas al pie

- 1 Res cogitans, del latín “res” es cosa y “cogito” es pensar. La expresión hace referencia a la mente pensante. Se trata de toda la actividad mental que desarrollan los seres humanos y que tiene como facultad la duda permanente. Res extensa, refiere a las sustancias corpóreas o materiales, las características que se atribuyen a los cuerpos, que presuponen su extensión, lo que lleva al autor a describir matemáticamente las propiedades físicas de los cuerpos. Res extensa es todo aquello que no porta mente. Estas expresiones responden a la separación que hace el Descartes entre el espíritu y la materia, donde el espíritu busca conocer a la materia.
- 2 En este sentido Spinoza es quien realiza un análisis de la biblia a partir de las categorías del entendimiento, estableciendo las contradicciones lógicas del texto sagrado. El problema es que el autor proyectó su entendimiento racionalista a otra época, lo que anuló el sentido simbólico de la biblia, de modo que al buscar un entendimiento del texto, no logró su comprensión, porque no la interpretó.
- 3 Se refiere a doxa y opinión en su contraposición a la episteme o conocimiento. En los primeros textos platónicos se entendía este término como juicio subjetivo, que no implica un conocimiento sistemático, ni metódico, ni crítico. Alude a la superficialidad que versa sobre la apariencia y no sobre la realidad, por lo que sería lo opuesto la saber científico y a la razón.

Referencias bibliográficas

DE LA MAZA, Luis Mariano

2005 “Fundamentos de la filosofía hermenéutica: Heidegger y Gadamer”. En *Revista Teología y Vida*, Vol. XLVI.

<http://www.scielo.cl/pdf/tv/v46n1-2/art06.pdf>. 10 de octubre de 2013.

DERRIDA, Jacques

- 1989 *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- DILTHEY, Wilhelm
- 1949 *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel
- 1978^a *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo Veintiuno Ediciones.
- FOUCAULT, Michel
- 1978^b *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.
- FOUCAULT, Michel
- 1980 “Nietzsche, la genealogía, la historia”. En *La microfísica del poder*. Madrid: La piqueta.
- FOUCAULT, Michel
- 1995 *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- FOUCAULT, Michel
- 1999^a *Historia de la sexualidad I. La voluntad del saber*. Madrid: Siglo veintiuno editores.
- FOUCAULT, Michel
- 1999 *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets editores.
- GADAMER, Hans – Georg
- 2003 *Verdad y método*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- GIANNINI, Humberto
- 1981 *Esbozo para una Historia de la Filosofía*. Santiago: Vera y Giannini Ediciones.
- GERGEN, Keneth
- 1996 *Realidades y relaciones: aproximación a la construcción social*. Barcelona: Editorial Paidós.
- GÓMEZ, HERAS
- (s/f) “La Hermenéutica de la vida en Dilthey y la fundamentación de una crítica a la razón histórica”. En <http://institucional.us.es/revistas/themata/01/05%20Gomez%20Heras.pdf>. 20 de octubre de 2013.
- GRONDIN, Jean
- 1999 *Introducción a la hermenéutica filosófica*. Barcelona: Herder.
- HABERMAS, Jürgen
- 2003 “De Lukács a Adorno: la racionalización como cosificación”. En *Teoría de la Acción Comunicativa*, tomo 1. España: Taurus Humanidades.
- HALL, Stuart
- 1997 “El trabajo de la representación”. En *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage Publications.
<http://socioeconomía.univalle.edu.co/profesores/docuestu/download/pdf/EltrabajodelaR.StuartH.PDF>. 18 de diciembre de 2011.
- HEIDEGGER, Martín
- 1997 *Ser y tiempo*. Santiago: Editorial Universitaria.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor
- 1994 *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta.
- IBÁÑEZ, Tomás
- 2003 “El giro lingüístico”. En *Análisis del Discurso. Manual para las ciencias sociales*, Lupicinio Iñiguez (editor). Barcelona: Editorial UOC.
- KANT, Immanuel
- (s/f) “¿Qué es la Ilustración?”. En *Filosofía de la Historia*. Buenos Aires: Edición Nova.

<http://new.pensamientopenal.com.ar/12122007/kant.pdf> 10 de septiembre de 2013.

NISBET, Robert

1986 La idea de progreso. En *Revista Libertas* N° 5. Instituto Universitario ESEADE. www.esade.edu.ar. 01 de mayo de 2012.

POLO, Rafael

2010 “Campo de visibilidad y producción de narrativas”. En *Ciencia, política y poder*. Debates contemporáneos desde Ecuador / Compilado por Mónica Mancero y Rafael Polo. Quito: FLACSO, Sede Ecuador.

POLO, Rafael

2011 “Sujeto, sujeción, subjetivación”. En: revista *Annales*, Universidad Central del Ecuador, Editorial Universitaria.

RANCIÉRE, Jacques

1996 *El desacuerdo, Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

RANCIÉRE, Jacques

2006 *Política, policía, democracia*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Fecha de recepción del documento: 5 de enero de 2013

Fecha de aprobación del documento: 20 de junio de 2013